

Sin titubear, encendió el foco. Entonces el centro del filamento se vio envuelto por algo así como carbón que se desvaneció un micromomento para luego regresar como una nube negra en forma de cono que cayó del techo surgiendo del foco como agua de una regadera. Llenó el cuarto de baño. No podía ver nada. Era más oscuro que en el dormitorio. Isaac apagó el foco, y la mancha de tinta se retrajo en un instante hacia el filamento, donde se enrolló un millón de veces para luego desaparecer. El baño se iluminó. Isaac salió de allí, caminó entre esa no-luz que cubría todo. Bajó las escaleras y salió a la calle. Se quedó sin aliento. Oscuramente era de día. La gente iba de un lado a otro, limpiando las banquetas, dirigiéndose al trabajo o a la escuela, había mucho tráfico en la avenida cercana. Más sin embargo, para Isaac era de noche. El cielo era una vasija quemada colgando sobre un mundo de cenizas, manchas tenues a lo lejos (¿montañas?), había mantos de luz bajo los autos, las sombras de las personas y árboles eran blancas. Arriba en el cielo había un círculo negro, increíblemente oscuro, que se tragaba la poca luz que había, de él salían rayos negros como pedazos de alambre. La gente eran formas fugaces cuyos rasgos no se distinguían, el pelo blanco, los dientes negros. E Isaac estaba en medio de todo eso, con sus pantuflas en forma de zarpas de oso y su pijama con rayitas negras. Su clásica ideología McCartney le decía: ¿Qué sentido tiene preocuparse? Cerró los ojos, viéndose envuelto por una sábana de mediodía, regresando así con los ojos cerrados al interior de su casa. Algo había cambiado en él, eso era seguro. Tal vez su manera de ver las cosas, le indicó su clásica ideología Bradbury. Intentó pensar siguiendo su clásica ideología Octavio Paz, pero como es fácil suponer, eso no lo ayudó mucho. Lo oscuro era luminoso, el día era noche, el bien era... Bueno, cerró todas las cortinas en las ventanas, apagó todos los focos, tapó cualquier rendija por donde pudiera escurrirse la entintada oscuridad del sol. Sólo entonces hubo luz en su casa. Intentó ver la tele. Al prenderla saltó catapultada con un chasquido hacia

adelante una barra de oscuridad que se aferró al sofá donde Isaac pensaba sentarse. Por lo menos el sonido estaba bien. Siguiendo su innovadora ideología Ford Perfect, Isaac puso una toalla sobre la pantalla, eso aclaró un poco más la imagen. Ajustó el control de brillantez y contraste. El noticiero no mostró que algo fuera de lo normal hubiera sucedido en el mundo. Por lo visto —o más bien, por lo no visto— Él era el único afectado. Tras un rato de ver a un Pelé albino, a una Claudia Schiffer de pelo oscuro y origen africano, y a un Pedro Ferriz de Con hecho de tierra, tuvo una idea, sacó sus lentes oscuros para el sol, sensitivos a la luz y diseñados para oscurecerse en cuanto apareciera algo demasiado brillante, interesante o alarmante. Salió a la calle con ellos. El cristal a prueba de rayos UV lo protegía bien de la oscuridad excesiva del sol. El mundo se veía de un color mucho más claro.

Isaac decidió recostarse un ratito en la cama. Cerró los ojos, la claridad se le vino encima y se quedó dormido. Despertó en la tarde, algo hambriento. Fue al refrigerador, le quitó el foco para poder ver bien. Pero nada de lo que vio de comida llamó su atención. La leche repentinamente le pareció repulsiva. El queso olía a político muerto. Las tortillas sabían a papel higiénico. Así no era antes. Tal vez sus otros sentidos habían cambiado junto con el de la vista. Abrió el congelador. La sangre le hirvió en las venas. Se sintió agitado. ¿Por qué? Acercó una mano temblorosa a las milanesas congeladas. Se pasó la lengua por los labios. La luz dentro el congelador, al lado de la carne, parecía palpar. Igual sintió al tocar la carne molida para hamburguesas. Isaac cerró el refri, confundido. Había sentido apetito por esas cosas... no precisamente por la carne... sino por algo más. Esa fue la gota que derramó el vaso. Subió a su cuarto y tomó el teléfono. Habló con un médico oftalmólogo, le describió detalladamente sus síntomas, le pidió una cita con carácter de urgente. El médico no se tragó su historia.

—Jreo jre lo jre justed nejesita no ej un ojtalmoloco. —dijo el anciano doctor con extraño acento—. Nejesita jver un chicólogo o jun chiquiatra. Isaac colgó. Eran las seis de la tarde, un momento de reflexión, y la oscuridad estaba deslizándose hacia el oeste. Salió al patio. La luz regresaba el mundo, el sol, ese agujero negro en el cielo, se hundía con sus redes de alambre, envuelto en sus rayos de tinta china, como una araña resbalando en la pared. Para Isaac, estaba amaneciendo.

La claridad cayó sobre la ciudad. El ocaso había sido un éxito. La gente regresó a sus casas para dormir. Los edificios empezaron a iluminarse cuando las persona apagaron sus focos. Isaac fue a dar una vuelta a la calle. El cielo nocturno era una tela fluorescente que irradiaba una luz fría y tranquila. En los postes de luz mercurial se encendieron manchas de carbón. Arriba, muy lejos, aparecieron puntitos negros, polvo de grafito esparcido en un plato de porcelana. El cielo sin sol iluminando toda la ciudad, unos cuantos autos pasando con los conos negros de sus faros contrastando con el brillante asfalto. La luna salió: Una esferita negra con zonas claras, una mancha de tinta sobre papel Bristol.

No se necesitaba una ideología Hitler Victorioso para darse cuenta de que Isaac andaba en la noche tan tranquilo como si fuera en pleno día. Miró a Venus, el astro más oscuro del cielo diurno, digo, nocturno, el guijarro negro del amanecer. Forzando la vista, veía su redonda forma, al contrario de las estrellas, no temblaba ni variaba su oscuridad.

El asfalto brillaba como nieve caída en un paisaje polar. Isaac recordó la operación del día anterior. Le habían hecho una transfusión de sangre y él regresó a su casa sólo para dormir y despertar después de un sueño intranquilo viviendo en un negativo fotográfico donde el cielo era blanco y las estrellas eran negras.

Sólo que fuera eso, pensó. ¿¿Qué!?! La sangre. La sangre qué le habían dado en el hospital. ¿Pero no la habían analizado? Claro, no fuera a traer hepatitis, o emecerre, ALT o alguna otra enfermedad

contagiosa por el estilo. O incluso el viejo y cacareado SIDA, que ya era curable. La sangre era sana en ese sentido, pero... ¿y en los demás? Le habían echado una buena cantidad de litros encima.

Isaac siguió caminando por las calles de Monterrey. Iba hacia el Parque Central del Barrio Antiguo. Fue entonces cuando sintió hambre. O sed. Hambre/sed. Cualquiera de las dos cosas. El hambre estaba bien. Quería comer algo fuerte, pero que fuera líquido. Sus encías le dolían. Acido bañaba su cerebro. Corrió, sin saber lo que hacía, ni a donde se dirigía. Levantó una lata mal abierta que estaba en el piso. Se daba cuenta de cómo lo estaba haciendo, lo que no sabía era el por qué. Deseaba fervientemente algo. No era comida. No era algo sexual.

La sangre le había hecho cambiar. Ahora la suya era diferente, su sangre llegaba a cada rincón de su organismo, irrigándolo, después de todo él era tres cuartas partes líquido. Cualquier cosa que entrara a su cuerpo, si no era filtrado adecuadamente, impregnaría sus células, todas, de sus ojos, músculos, cerebro, como si fueran esponjas. La sangre de Ellos era diferente, podían ver la verdadera luz. Tenían lo que a él le faltaba. Se sintió enfurecido. Tenía que arrebatárselos... lo que a su vez alguien le había quitado a él: el conocimiento. Sólo entonces pude, pudo comprender por qué instintivamente había recogido la lata de bordes afilados. Le llegó la sensación de que alguien estaba cerca. El olor de esa sangre ajena llegó a sus ojos, haciendo que la luz de esa noche temblara agitándose. Cómo al ver la carne cruda en el congelador. Había sangre cómo la que él había sentido cerca. Corrió, dio la vuelta en varias esquinas, y ahí estaba. La mujer era alta, con pelo oscuro o claro que caía en largas ondas enmarcando un rostro tranquilo. Ella se veía muy delgada. Muy apresurada. Toda muy. Parecía vagamente árabe o algo así... Isaac saltó hacia ella, la lata afilada en su mano derecha, la izquierda extendida como una garra. Todo pareció ocurrir lentamente. En la cercana iglesia de Santa Cynthia Powell de Hoylake empezaron a sonar las campanas. Primera

campanada. Agarra la cabeza de la mujer, inclinandola hacia la izquierda, dejando ver su cuello tenso, las venas saltadas, ella tendrá unos 33 ó 35 años. Segunda campanada a lo lejos. Para Isaac, la Gran Pregunta con los vampiros, como Drácula y similares, era: ¿Cómo demonios va a guiarse un animal de esos en su tenebroso castillo sin luz eléctrica? ¿Con el eco, con visión infrarroja? ¿O era simplemente que para ellos la mayor oscuridad era como el día más claro? Isaac sube el borde afilado de la lata, lo acerca al cuello, ella intenta soltarse. Cuarta. Corta torpemente no muy cerca de las arterias importantes. Cuarta campanada todavía, no escuchó la tercera, la sangre brota en lo que parece ser reflejos de espejo, llamando a Isaac, él muerde con los colmillos superior e inferior izquierdos. Quinta campanada. Ella grita mientras Isaac deja caer la lata y se aferra a ella como a una tabla de naufragio. El corazón de la mujer esta zas, zas, bombeando como loco, la sangre sale a borbotones, el sabor le da a Isaac un asco espantoso, pero sigue tragando sin pensar. Recordó a los aztecas. Drogaban a un prisionero, esperaban un rato y luego le bebían la sangre, que adquiría poderes alucinatorios. Ella lo golpea en la rodilla dos, tres veces, casi cayendo. Isaac ya siente una nueva luz en sus venas. Suelta a la mu-

jer, que con los ojos cerrados se tambalea agarrándose de la reja de una ventana estilo siglo pasado. El cielo nocturno se oscurece. Las estrellas lentamente se convierten en puntitos de luz. La sustancia faltante ya está en su organismo. Una claridad pronto aparece en el Oriente. Isaac mira cómo una bola de luz surge en el horizonte, es el sol bañándolo todo con lo que ha vuelto a ser luz y calor. Amanece, e Isaac ha recobrado su vista normal. Lo blanco es blanco. Las sombras han vuelto a ser negras. Son las siete y media de la mañana, ha disfrutado de un amanecer glorioso. — ¡Estoy curado!— grita a los niños que van rumbo a la escuela.

Es entonces cuando el efecto de la sangre robada se desvanece. La oscuridad lo envolvió nuevamente. Cerró sus ojos y la luz cayó sobre los párpados. Los colores de la calle se disuelven en sombras de gris. Isaac y sus lágrimas de desesperación, de frustración... Bueno, ya no importaba. Sólo le quedaba esperar hasta la próxima dosis. Era un día como cualquier otro, por lo que decidió ir a donar sangre. Así por lo menos en sus paseos nocturnos no estaría tan solo. Y recuerden, no le digan a la gente que pueden ver en la oscuridad. Nadie les va a dar cambio de más por eso.



Semillitas de calabaza

Por las mañanas, él deambula por las aceras de la gran ciudad cargando una canasta. No asiste a la escuela. No tiene juguetes, ni tiene amiguitos. Pablo sólo sabe de cumplir una rutina diariamente: trabaja vendiendo semillitas de calabaza en los alrededores del hospital 19. Lo trajeron sus padres de su pueblo natal cuando aún era muy pequeño, junto con sus dos hermanos menores, que después se hicieron 4, luego 5 y más tarde 6 los niños de la familia. Pablo ayuda a su mamá, al igual que sus hermanitos que ya pueden caminar.

—¡Mamá! aquí le traigo lo del día —dijo Pablo—
—¿Sólo esto vendiste? es muy poco. ¿En qué gastaste? ¿en qué gastaste!
—No mamá... no gasté, hoy no hubo mucha venta.

La madre explotó en ira y lo golpeó. Quizás el sentimiento que proporciona la miseria o la amargura de tener un esposo alcohólico, del que ni siquiera sabía su paradero, la hizo reaccionar así. Pablo no lloró mucho, unas cuantas lágrimas y el consuelo de sus hermanitos en un rincón. Después se acomodaron para dormir en el suelo sobre unos costales de harina vacíos. No hubo cena.

La habitación de una sola pieza. Ahí se encontraba una cama individual, donde dormía María Magdalena (la madre de Pablo); una estufa de parrillas que funciona con petróleo; una mesa que tiene un logo de «Corona»; tres

César Augusto Ramírez

A Aarón Hernán Aguirre

sillas y unas cajas de cartón donde se guarda la ropa. A veces el frío es crudo en esta ciudad nortea, es cuando María Magdalena pone cartones sobre los costales, para que no pase el frío.

Al día siguiente se levantaron temprano. —Pablo, trae 7 panes de dulce y una Pepsi de 2 litros para desayunar— dijo María Magdalena. Obediente el pequeño se dirigió a la tienda de la esquina. Traía el pantalón azul de varios días, sucio al igual que su camisita de botones. Trajo el encargo de su madre. Desayunaron.

María Magdalena, en sí, no estaba demasiado preocupada por su marido, tenía muchos días que no venía, cuando lo hacía se quedaba una corta temporada, tenía relaciones sexuales con ella, le pedía dinero y se volvía a ir. Los niños sabían bien que era el marido de su madre... pero le veían casi como un extraño.

Partieron al trabajo. Pablo agarró su canasto; Martina, la hermana que seguía de él, tomó su cajita de chicles, al igual que «tilico» que se llevaba a Felipito para «cuidarlo». María Magdalena cargaba al de «brazos» y otro que apenas si caminaba.

—Dame una bolsita de semillitas— dijo a Pablo una joven, que iba acompañada de su novio.

—Qué simpático niño— continuó diciendo a su novio. Pablo no alzó la mirada, sus ojos tristes, «apagaditos», quedaron mirando al suelo. Al retirarse la esbelta joven le hizo una caricia al cabello rebelde como de escobetilla.

Esa mañana estuvo fuerte el sol. Su tez, de por sí prieta, con los rayos del sol, parecía brillar y oscurecerse más, todavía más. Un señor con corbata, vestido de blanco y con lentes se detuvo, conmovido posiblemente por la pequeña estatura de Pablo, que no sobrepasaba los 90 centímetros.

—Dame una y toma estos cinco pesos para ti ¿cómo te llamas?

—Pa... Pablo.

—¿Oye, y qué quieres ser de grande?

—Quiero... seguir vendiendo semillas— el aperlado hombre sonrió y se fue.

Pablo cruzó la calle, estaba tan transitada a esa hora, que por poco lo atropella un automóvil que iba a mucha velocidad.

—Mamá, mire ese señor que va allá, me dio 5 pesos por una bolsita.

—Ha... ha de ser un doctor.

Entre tanto María Magdalena vendía golosinas y refrescos afuera del hospital 19. El negocio era de una persona que tenía muchos puestos iguales. Lo consiguió (hace unos tres años) cuando llegó de el Tepetate, un municipio de San Luis Potosí y una inquilina de la vecindad donde llegó a vivir le dijo a un compadre suyo, dueño de los puestos, que le diera trabajo a María Magdalena. Luego de unas semanas difíciles, comenzó a atender el «negocito»; en ese entonces se llevaba a Pablo y a otros dos. Pasados unos meses, cuando Pablo ya podía dar ferias, lo mandó a vender chicles, «que eso era mejor que andar robando» decía María Magdalena.

La tarde llegó, como habían llegado muchas anteriormente. Una rutina sombría. La misma epopeya del hambre y desamparo. María Magdalena recogió sus vendimias, las acomodó en una caja de cartón y esperó. Llegaron Tilico y Felipito, sus miradas ya sin brillo. Luego una camioneta Pick-Up recogió la mercancía, retirándose con todo lo que María Magdalena vendía en el día. Ella se quedó mirando al vacío, con sus cuatro hijos alrededor. María Magdalena era joven como de 29 ó 30 años pero parecía de 40. Se dispuso a irse a casa. Pablo y Martina llegaban solos, ya estaban «grandecitos».

Cuando María Magdalena retornó a su hogar, ubicado en un barrio popular y conflictivo, encontró a su esposo encolerizado, porque no le abría la puerta del cuartucho de vecindad.

—¡Pinche María, donde chingaos andabas!

—Trabajando Raúl.

—Andabas de puta, porque eso es lo que eres ¡una pinche puta! María Magdalena, temblando y con el niño en brazos, abrió la puerta de su casa y entró con sus cuatro niños. Siguió la discusión.

—Llevo horas esperándote y no apareces; andabas con el otro cabrón que te mantiene ¿verdaaa?

—Ra... Raúl, no hay ningún hombre, deja explicarte.

—A mí no me tienes que explicar nada, yo soy tu «señor» y cuando llego me tienes que atender como se debe.

—No he hecho nada malo.

—Nada malo, nada malo. A mí no me engañas ¡pinche vieja! María Magdalena recostó al bebé en la cama. Envalentonado por unas cuantas cervezas, Raúl, el padrastro de Pablo, empezó a golpear a María Magdalena sin piedad, sin motivo. La maltrató irrazonablemente, como fiera, abusando de su superioridad física. Tilico, al ver la salvaje paliza que le estaba propinando a su madre, agarró al energúmeno de una pierna, éste, que se había convertido en un animal, aventó al frágil cuerpo contra la cama, soportada por bloques. La cabecita se impactó contra el bloque de una esquina. Tilico cayó inconsciente y sangrando. Siguió golpeándola, como pudo María Magdalena se zafó, agarró al pequeño herido entre sus brazos; huyó con un ojo completamente cerrado. Los niños se encontraban azorados en un rincón. Ya no lloraban. Saciados sus sádicos instintos, Raúl tomó las llaves de la casa y se largó.

Primer llegó Pablo, minutos después que Raúl se había ido. Los niños estaban atónitos.

—¿Y mi mamá?— preguntó Pablo.

Ninguno de los niños contestó.

—¿Y mi mamá? insistió.

Felipito difícilmente le explicó como Raúl (porque así lo llamaban) había golpeado a su mamá, que se había ido a no sabía dónde con su hermano. Llegó Martina un rato después, Pablo le comunicó que su madre se había ido con Tilico y que Raúl había venido. Pablo sentía un nudo en la garganta. Estaba temeroso. Les tendió la «cama». Acostó a sus hermanitos. Cerró la puerta.

Pasaron una, luego dos y después tres horas y María Magdalena no llegó. Estaban cansados

por la jornada dura del día. Todos se durmieron. En la madrugada llegó Raúl, completamente ebrio, como tenía la llave pudo introducirse a la habitación. Muy pronto se le había olvidado el incidente. Venía tan tomado, que se tambaleaba con un cigarro encendido en la mano. Los niños se hallaban privados en sus sueños. Abajo y a un lado de la cama, estaba una botella con petróleo (el combustible de la estufa), Raúl la pateó; el líquido inflamable escurrió por todo el suelo. Se aventó a la cama para «descansar», soltó el cigarro que cayó precisamente en el petróleo derramado, pronto prendió fuego a los costales donde los niños dormían, el fuego siguió al fuego, las cajas con ropa ardieron de inmediato.

Las gentes de la vecindad se levantaron alarmadas, al ver las llamaradas y la humazón. Forcejearon con la puerta, no pudieron abrirla; por la única ventana entraron unos muchachos de la vecindad. Sacaron a los niños y a Raúl. Muchos curiosos se arremolinaron. Los bomberos llegaron tarde porque no había un teléfono cerca.

—Ayer se oyó que se peleaban, el señor ése con María— dijo una vecina a otra.

—¿Y quién es ése señor?

—Pos ha de ser el maridito, tú.

María Magdalena, todavía en plena madrugada, se encontraba en la Cruz Roja, esperando a que se recuperara el pequeño de la herida del cráneo.

Llegaron los socorristas a atender a los afectados. Los «apagafuegos» calmaron por completo las llamas. El más dañado de los niños fue Pablo, Martina tuvo quemaduras de se-